

Capítulo 30 - Luces pálidas

- [Capítulo 30 - Luces pálidas](#)

Capítulo 30 - Luces pálidas

Angharad apretó su sable mientras avanzaba fuera del hospital.

Sus nudillos casi se volvían blancos alrededor del tramo de la empuñadura. Los dientes de la noblewoman estaban apretados, su espalda erguida y no prestó atención al hombre sonriente junto a la puerta al salir hacia las luces doradas y rojas del Orrery. Habría sido más simple estar simplemente enojada, pero no era tan sencillo.

Bueno, que Maryam fuera maleducada, pero no lo eran los demás.

Angharad pasó junto a los guardias y al pavimento, pegándose cerca del muro del muelle mientras masticaba las espinas que le hacían tragar. Song Ren no rompió, en palabras exactas, con honor al matar a Isabel Ruesta. La tregua había sido implícita, no jurada; aunque matar a alguien que luchaba en el mismo bando durante una batalla es reprobable, no necesariamente es una acción deshonrosa. Existen precedentes, si alguien se molesta en buscar.

Por otro lado, Song había disparado y matado a su propia aliada. Sería justo y honorable que Angharad la matara por ello.

Pero esa tampoco es toda la historia, ¿verdad? La balanza la inclinaba que Song Ren le había salvado la vida en más de una ocasión, luchó por la seguridad de Angharad y le ofreció un lugar en la Scholomance. Solo por principios esto no debería cambiar nada, pero... La Pereduri subió el cuello de su abrigo y se dirigió hacia el este, por la orilla.

No era la Reina Branwen, quien personificaba tal honor que seguiría resurgiendo de las cenizas mientras no mancillara su pureza. Eso modificaba algunas cosas, su historia. Song no era una odiosa traidora pirata, sino una mujer respetable que había salvado la vida de Angharad en varias ocasiones. El equilibrio entre deber y deuda aquí era como una veleta.

Si ella hubiera dicho algo, se hubiera explicado... No, eso podría haber sido aún peor. Otro secreto guardado en secreto, conocido por todos en el Decimotercer, excepto ella. Más sonrisas a su costa. La única certeza en todo esto era que Angharad no podía seguir bajo el mando de la persona que había matado a Isabel Ruesta, así que en eso actuó.

Salir del Decimotercer esta noche sería una condena mayor para ella que para Song, y ni Tristan ni Maryam—a pesar de los esfuerzos de esta última—lo merecían, por lo que esperar hasta fin de mes era un compromiso aceptable. La violación del honor sería si ella continuaba recibiendo órdenes de Song, no por un papel que aún la subordinaba a Tianxi.

Mordiéndose su propia ira, levantó la vista y se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. Cerca de los muelles, por la vista del muro, pero debía haber pasado la mayor parte de ellos sin darse cuenta. Mejor regresar ahora, pensó, y seguir rumbo al norte.

Angharad avanzó entre los restos destrozados de un viejo almacén, con la marcha aún pesando por la rabia. Los huesos de la ruina dejaban filtrarse rayas de luz dorada, como costillas preciosas pintadas en el suelo. Solo cuando llegó a la entrada se detuvo al escuchar un fragmento del lejano bullicio del Triángulo. Sus pasos se detuvieron, y se quedó antes de una larga puerta vacía. Dudó, como si cruzar esa entrada fuera un acto con algún significado, y respiró profundamente.

Sus pensamientos giraban como buitres, ansiosos por desgarrar una franja más.

“Las acciones llevadas a cabo en el Dominio están exentas de culpa,” recordó Angharad en silencio y para sí misma. “Song no ha cometido un delito.”

Se le permitió enojarse por ello, pero solo hasta cierto punto. La línea había sido cruzada y la Guardia—que ahora llevaba su honor, así como ella llevaba el de la Guardia—había considerado que la acción de Song no era un crimen. Sus dedos apretaron el sable de su tío hasta que la piel de cuero crujió.

Era una tontería, una completa insensatez sentirse traicionada. Apenas conocía a Song, a pesar de la favor que la otra mujer le había mostrado. Angharad pensó que había aprendido una lección de confianza en el Dominio, pero evidentemente no la había aprendido en toda su extensión. Los detalles estaban allí, solo tenía que unir las piezas si le interesaba, pero jamás sospechó de Song en absoluto. Porque eso significaba desconfiar de alguien a quien respetaba.

Dolía, la implicación de que ella misma no había sido respetada en retorno.

“¿Angharad?”

Se sobresaltó tanto que estuvo a punto de desenfundar su espada, volviéndose para ver un rostro familiar asomándose por la puerta del otro lado del almacén. Zenzele Duma, con un bolso atado a la cinturilla de su uniforme habitual, parecía igual de sorprendido de verla como ella de verlo a él.

“Zenzele,” respondió, then recordó sus modales. “Un placer encontrarte.”

“Y tú,” dijo él. “Pensé que ibas a visitar a Song.”

“Acabo de salir del hospital,” replicó con frialdad.

Su mirada desigual lo estudió por un momento. Era demasiado perceptivo para un hombre con sólo un ojo.

“Y ahora estás lista para masticar clavos,” observó. “¿A dónde te diriges?”

Ella apartó la vista, el enojo que había llevado en los huesos comenzando a disiparse bajo su escrutinio. Solo quedó una sensación de cansancio.

“De regreso a la Rainsparrow, creo,” exhaló Angharad.

“Puede que te salga un viaje largo,” comentó él con despreocupación. “Hay cierto alboroto en el Triángulo en este momento y la guarnición está desplegada a conciencia. Algún robo salió mal y un oficial fue agredido.”

Su ceja se levantó. Noticias malas. Pensaba que Tolomontera era en gran medida ajena al delito, considerando que la pequeña delincuencia de Tristan podría representar una porción importante de lo que allí sucede.

“¿Controles en los caminos?” preguntó.

“Solo inspecciones por ahora, pero las filas para ellas son largas,” dijo él. “Si no tienes nada mejor que hacer, puedes acompañarme a atender esto. Tomará un tiempo hasta que la situación se calme, al menos.”

Se palpó el saco a su lado.

“¿Y qué es ‘esto’?” preguntó ella, arqueando una ceja.

Él sacó el saco y se lo lanzó. Ella, atrapándolo en el aire, abrió las cuerdas lo suficiente para echar un vistazo adentro. Se detuvo, indecisa sobre cómo reaccionar.

“¿Migajas?” preguntó finalmente.

Él se rio.

“Ven,” dijo Zenzele. “Te lo mostraré.”

--

No era un trayecto largo hasta su destino, solo unos minutos al este, cruzando los muelles, hacia una parte de Allazei que la Guardia había considerado que no merecía ser reconstruida: filas y filas de ruinas, reclamadas por las garras insaciables de la naturaleza.

Nada parecía particularmente distinto en la casa por la que Zenzele los llevó. El techo en el centro se había desplomado, dejando pasar la luz del Orrery, y la vegetación se había apoderado de la mayor parte del interior. Las tejas estaban cubiertas de tierra, maleza y musgo espeso, mientras las enredaderas florecientes cubrían las paredes y lo que una vez fue la chimenea asomaba en un estanque poco profundo, como si fuera una estatua decorativa.

Finalmente, se revelaron las razones de Zenzele para cargar con una bolsa de migajas: había una familia de patos revoloteando y chapoteando alegremente.

Con un plumaje de un cálido tono rojizo y una cola y cabeza negras, esta última con una gruesa franja blanca, dejaban escapar trinos que terminaban en un chillido seco y casi cómico al darles la bienvenida a su patrón. ¿Un espectáculo repetido? Había cuatro polluelos con los adultos, pequeñas bolas de pelusa color ceniza con dos rayas amarillentas cerca del pico que los hacían parecer pastelitos de hojaldre. Sus chirridos eran agudos mientras pataleaban en el agua.

—Eso es peligrosamente adorable —concedió Angharad.

Zenzele soltó una carcajada y la guió hacia un banco junto al estanque que, por las cicatrices de la vid, parecía haber sido arrancado de la naturaleza y limpiado antes de ser colocado allí. Se sentaron y la Malani dejó la bolsa entre ellos, con las cuerdas abiertas. Él lanzó el primer puñado, y los polluelos corrieron el uno contra el otro hasta la orilla, empujándose en su ansia por alimentarse.

—¿Sabes de qué raza son? —preguntó ella.

—Ay, mi conocimiento sobre los patos de Lierganen es escaso —confesó Zenzele—. Puedo decirte que desprecian las cacahuètes y adoran las migajas, pero poco más.

Angharad arrojó un puñado de migajas a los hambrientos, lo que hizo que uno de los padres se acercara al borde y picotease el barro. Aunque toda la escena era algo ruidosa, no resultaba molesta para los sentidos—más bien, parecía estar en un festival que en una pequeña habitación estrecha en una cabaña mientras todos vaciaban bolsas de veneno.

Seguí alimentando a los patos una y otra vez, hasta que la madre intentó deslizar su pico en la bolsa y Zenzele, entre risas, lo retiró fuera de su alcance. Esto, transmitió rápidamente el pato, era escandaloso e inadmisibles. Solo se dio cuenta de cuánto sonreía cuando le comenzaron a doler las mejillas.

—Gracias —dijo Angharad de repente—. Esto no fue lo que esperaba, pero no le restó valor.

—Encuentro que los pequeños placeres de la vida son los más efectivos para distraerse de las grandes tristezas —manifestó Zenzele, con la vista fija en los patos.

La madre, insatisfecha por la falta de éxito en su ruidosa campaña, volvió al agua a umbriarse mientras los polluelos seguían pidiendo migajas, uno tras otro. Zenzele Duma no decía nada, lo cual, pensó Angharad, era la razón por la que sentía ganas de hablar. Si él hubiera preguntado, parecería una entrevista. Esto, en cambio, parecía ser lo opuesto.

—He decidido abandonar la Trigésima —aseguró ella.

Él no la miró, sino que empujó con su bota a un patito muy aventurero. Este chirrió en protesta.

—¿Puedo preguntar por qué? —indagó ella.

Vaciló. La tentación de contarle todo era fuerte, pero sabía que habría una línea. Song nunca había confesado abiertamente, y hacer que la muerte de Isabel pareciera un hecho, solo por su propia suposición, sería demasiado cerca de una mentira incómoda.

—Song actuó de una forma que no puedo tolerar —afirmó Angharad finalmente—. No deseo seguir bajo su mando.

Zenzele gimió. Se tomó su tiempo para responder.

—Es diferente de lo que nos enseñaron, la Guardia —dijo—. El deber es respetable, pero las propias alondra no siempre merecen tal estima.

—He visto más corrupción y venalidad de lo que esperaba —murmuró Angharad—. Mucho más, para ser franca. Juré un voto, y eso no cambiará, pero...

—Es decepcionante en algunos aspectos —concluyó Zenzele, y esperó un momento—. Una vez tuve una conversación similar con mi hermano mayor, en Malan, cuando él estaba de permiso del ejército real.

Zenzele Duma, recordó ella, era el tercero de cinco hermanos. Nunca supo si esos hermanos eran varones o mujeres, ni siquiera pensó en preguntar.

—¿Encontró corrupción en el ejército real? —Frunció el ceño Angharad—. Pero ellos son...

Ella hizo un gesto vago, pero él la entendió perfectamente.

—Las propias espadas de la Alta Reina, sí —dijo el noble—. Le parecía absurdo que soldados luchando bajo el estandarte de Su Majestad Perpetua se rebajaran de esa manera. Pero él traía historias de nepotismo y soborno, de golpes y cliques.

El hombre de piel oscura lanzó algunas migajas a los patos.

—Donde hay moneda, hay malversación —dijo Zenzele—. Antes de que la Alta Reina uniera las Islas, esto ya sucedía y seguirá ocurriendo hasta que el Dios Durmiente despierte. Creo que es más sabio centrarse en lo que una asamblea de hombres debe lograr y juzgarlos por si cumplen o no con ese propósito.

Por un breve instante, Angharad recordó las veladas en sociedad en la Isla del Medio. Cómo la nobleza podía mantener dos conversaciones mientras solo pronuncian un conjunto de palabras, tras las cuales se escondían significados más profundos. Solo Zenzele no intentaba acorralarla, ni transmitir alguna amenaza o jactancia; simplemente extendía su mano, usando las mismas fórmulas. Le ofrecaba la opción de interpretar lo que decía, relacionando el significado con su separación de Song.

Miró a Zenzele Duma y pensó que quizás empezaba a entender lo que los diplomáticos de la Guardia habían visto en él.

—No fue un delito, ni estrictamente una falla como capitán —reconoció Angharad—. Es un asunto privado, algo que no puedo comprometer.

Si no traza la línea en matar a un aliado, ¿dónde la trazará?

—La confianza es la base de una cábala —dijo Zenzele—. Cuando esa confianza desaparece, poco queda para sostenerla.

Y la trece, pensó ella, tenía muy poca para repartir.

—Ha sido frustrante —dijo Angharad, las palabras salían solas—. Todo esto. Ancestros, no puedo creer que vaya a decir esto, pero Tristan ha sido el más confiable de todos.

El conocido ladrón que jugaba con venenos.

—Abrascal se puede confiar en que será Abrascal —resopló el malani—. Es decir, un hombre en quien confiaría para cumplir su palabra, pero no para dejarlo solo con los utensilios de buena calidad.

—Al principio no lo pensé, pero creo que robó esa capa que siempre usa Maryam —dijo Angharad—. Ella me lo dijo claramente, aunque pareció una broma.

‘Por ese precio fue un robo’, en efecto. A Angharad le costó mucho tiempo entenderlo, pero finalmente lo hizo. Y lo habría sabido antes, si no hubiese sido Maryam quien pronunciara esas palabras. Angharad no tenía ánimo de cuestionar la rara muestra de amabilidad, así que respiró hondo. —Se dirigió a la bolsa y alimentó a los patos.

—No me he llevado bien con Maryam —admitió una vez que se sintió tranquila nuevamente.

—Eres de una familia famosa por su navegación y ella es Triglau —dijo Zenzele—. La cordialidad, supongo, ya debe parecerle una concesión de su parte.

—Una que no siempre ha tenido ganas de otorgar —dijo Angharad con tono sombrío.

Apretó los dedos.

—Pero también la he ofendido, como me hicieron entender —admitió el Pereduri—. Desde entonces, no sé cómo equilibrar estas cuestiones.

Una pausa.

“Ella es Izvorica, no Triglau,” agregó. “Una gente dentro de la región más grande, según entiendo.”

Zenzele inclinó la cabeza en señal de aprobación.

“Sé muy poco de las tierras del norte, aparte de lo que aprendí en el isikole, lo cual creo que difiere de su propio conocimiento,” dijo. “Aun así, se puede decir que Malan ha estado en guerra con su pueblo durante buena parte de un siglo. No son aguas fáciles de navegar.”

Ella le lanzó una mirada de reojo.

“Pero.”

“Es un error tratar de navegar esas aguas en absoluto,” dijo Zenzele con franqueza. “Ninguno de los dos tenemos respuestas para los daños que se infligieron a la - Izvorica?”

Angharad asintió.

“Izvorica,” repitió. “La conquista es un asunto desagradable, Angharad, y aunque la guerra no tiene por qué ser enemistosa, siempre lleva en sí semillas de maldad. Una mujer que vio esa oscuridad desatada sobre su gente no discute sobre derechos ni líneas en un mapa, sino contra la sangre y los gritos de sus parientes.”

Hizo una pausa.

“No hay un buen desenlace al hablar de la subyugación de las tierras del norte con Maryam Khaimov,” dijo Zenzele. “La primera lección que nuestro maestro en las artes diplomáticas nos enseñó fue que las conversaciones que elegimos no tener son tan importantes como las que sí mantenemos.”

“Eso no es insensato, para alguien que la ve solo en ocasiones,” dijo Angharad con calma. “Sin embargo, ella y yo compartimos el mismo techo.”

Y no era como si ella hubiera ido buscando hablar de las colonias, ni siquiera de Izvorica, en realidad.

“La segunda lección,” dijo Zenzele suavemente, “es que la diplomacia es un ejercicio de confianza. Que requiere tiempo. Si no existen vínculos entre naciones cuando están alejadas de la mesa de negociaciones, un tratado no es más que un trapo elaborado.”

“Entonces fue mi culpa,” frunció el ceño Angharad.

No era lo que quería oír, pero proveniente de Zenzele Duma era una opinión que inevitablemente consideraría.

“Pensar en términos de culpa es un callejón sin salida,” respondió él. “Diferentes acciones — por parte de ella y de ti — podrían haber resultado en una mejor relación. Pero eso no ocurrió. Echar culpas no cambia este resultado.”

Una pausa.

“Decide qué quieres, qué estás dispuesta a dar por ello y qué pasos pueden conducir mejor a ese fin,” dijo Zenzele. “El resto son distracciones.”

“No parece que esa sea la manera en que Malan practica la diplomacia,” observó Angharad.

“No lo es,” afirmó él. “Pero encuentro que el enfoque de la Guardia tiene una cierta... claridad pragmática que resulta refrescante para practicar.”

Angharad se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas, y permitió que su mirada se perdiera entre los patitos agitándose. ¿Qué quería ella? Al buscar en su interior, encontró que la respuesta era superficial. La cortesía era bastante todo lo que había, en realidad. No quería particularmente hacerse amiga de Maryam, quien seguramente poseía cualidades, pero a Angharad apenas le mostraba nada aparte de amargura. A los Pereduri no les interesaba mucho volver a navegar esas ‘aguas difíciles’, y era un alivio pensar que no tenían que hacerlo.

Maryam no era un espectro que la atormentara, sino algo totalmente evitable que, ambas, agradecerían evitar. La Trecena no era una jaula, la puerta siempre estuvo abierta. Ella simplemente había carecido de la voluntad para salir.

“Si hiciera averiguaciones con Ferranda,” empezó.

“Sí,” interrumpió Zenzele, luego se recostó hacia atrás. “Has sido como una cabalista entre nosotros estos últimos días, de todos modos.”

La mirada demasiado aguda permaneció fija.

— Pero no te quedarás con nosotros, ¿verdad?

Se sintió algo incómoda por haber sido descubierta antes de poder decirlo, pero no mentiría.

— ¿Es realmente un nuevo comienzo, si solo me traslado de un grupo de sobrevivientes del Dominio a otro? —preguntó en silencio.

— Podría serlo —respondió—, pero no te culparía por elegir algo que yo mismo considerara.

Ella se sorprendió y volteó para observar su rostro. Estaba tranquilo, pero había una tensión alrededor de los ojos.

— No tenía idea —dijo Angharad—. Los tres parecían tan cercanos en el Dominio que asumí...

— Fue el duelo lo que nos unió —dijo Zenzele en voz baja—. Durante un tiempo, me pregunté si realmente era prudente abrazar algo así. Quizá sería mejor comenzar de nuevo con extraños.

— Pero tú decidiste en contra —replicó ella.

Él exhaló lentamente.

— Decidí creer que había más en los lazos que nos unían que solo el dolor —dijo Zenzele—. Que una vez que empezaran a debilitarse, habría algo más profundo debajo.

— ¿Y?

— Y tenía razón —afirmó—. Había más que eso. En ciertos aspectos, lamento no saber quién sería sin ellos, Angharad, pero sospecho que, si hubiera partido, enfrentaría otro conjunto de arrepentimientos.

Se encogió de hombros.

— Cada decisión conlleva sus cargas; por eso, el Dios Durmiente nos regaló vidas suficientes para aprender de nuestros errores. El paraíso se conquista paso a paso.

— Charla de redentor —bromeó ella—. ¿Comprar cerdo en lugar de carne de res también te acerca a la vida eterna?

— Ugh, Los Universalistas —gruñó él—. Si mi fe me descalifica, ¿te buscaré una piedra levantada para consultar tus consejos? Incluso puedo fingir que el viento forma palabras.

— Ay, tendré que conformarme con tú y los patos —respondió Angharad con gravedad.

Intercambiaron sonrisas, y la conversación dio paso a un silencio cómodo, mientras los patos se alimentaban con migas, cansados del festín, y caminaban de regreso al estanque.

— Gracias —dijo ella nuevamente.

Sintió que él se encogía de hombros a su lado.

— ¿Para qué están los amigos? —preguntó Zenzele.

Se enderezó y tomó una decisión.

— Quedarme con la Trigésima Primera al menos unos meses —afirmó—. Quizá hasta fin de año.

— A Ferranda le alegrará oír eso —respondió él sencillamente—. Puedes dormir en su casa esta noche, si quieres dejar esa terrible habitación en Rainsparrow atrás.

Angharad se levantó.

— No esta noche —dijo—. Tengo un asunto importante que resolver antes de poder enfrentarla y hacerle la petición.

Era momento de aceptar la invitación de Imani Langa para visitarla. Si Angharad quería romper con el pasado, debía dejarlo a medio hacer.

—

Angharad había considerado el hostel Rainsparrow un establecimiento decente, aunque algo descuidado, pero ahora comprendía por qué Song había preferido alojarse en las Cámaras Esmeralda: allí se encontraba toda la comodidad de una lujosa finca campestre.

La mayoría de las habitaciones eran individuales, salvo las suites en el tercer nivel, y tras pedir instrucciones en la recepción, Angharad se encontró caminando entre alfombras mullidas y elegantes cuadros de la China. Aunque sintió la tentación de detenerse a admirar la maestría en la tinta —solo los retratos de Saimha eran más valorados en su tierra—, había llegado a la Vault por un motivo.

El asistente de enfrente confirmó que Imani estaba presente, por lo que solo quedaba cruzar en silencio el pasillo hasta la puerta marcada con un nueve en cifras imperiales. Eso y envidiar en silencio cómo la habitación más pequeña que había visto en las Criptas era fácilmente diez veces mayor que el armario adornado en el que actualmente residía.

Angharad respiró profundamente, ajustó su abrigo en su lugar — deseando distraídamente haber pulido los botones esa mañana — antes de golpear suavemente la puerta con el nudillo. Una, dos, tres veces. Se oyó un movimiento al otro lado, una palabra apagada que podría haber sido “veniendo” en Antigua, y tras unos latidos el umbral se entreabrió. Solo lo justo, con el pestillo aún en su lugar, mientras unos ojos oscuros miraban desde la abertura.

“Angharad,” sonrió Imani Langa, marfil sobre rojo. “¡Qué grata sorpresa! Permítame un momento.”

La puerta se cerró, el pestillo se deslizó y esta vez se abrió por completo. Angharad retrocedió y se apartó, quedando en espera, hasta que quedó sorprendida por la escena revelada. Imani vestía para dormir, con un vestido raído de color rojo sin mangas, cuyo escote decorado con intrincado bordado de cuentas se extendía generosamente. La basta terminaba por encima de las rodillas y caía sobre la figura de Imani, sin cinturón, pero dada la elegancia de la espía, nada era suelto en ella.

Angharad elevó la mirada desde sus suaves muslos oscuros, ignorando la sonrisa en el rostro de la otra mujer.

“Por favor, pase,” dijo Imani. “El pasillo está frío.”

Angharad decidió no considerar cómo podrían estar sus prendas interiores, para no mostrar bajo la túnica nocturna, aunque esa idea le resultaba intrigante. Pensó que llegó sin previo aviso, se dijo a sí misma. No se vistió para seducir. No es que Imani desconociendo el efecto que tendría verla con ese vestido de noche, por el vaivén de sus caderas al adentrarse en la habitación. Angharad recordó cerrar la puerta tras un latido del corazón. La noble apoyó su mano sobre su sable, reunió sus pensamientos.

No había venido aquí para jugar a los juegos de la alcoba.

El interior era espacioso, con una división de madera adornada con sedas que separaba el dormitorio de un pequeño salón y un escritorio para escritura. Imani tomó una manta de un sofá verde, envolviéndose en ella antes de sentarse e invitar a Angharad a hacer lo mismo en el asiento frente a la mesa. La noble se quedó rígida al hacerlo. No parecía una coincidencia que, mientras Imani había envuelto la manta de manera que ocultaba gran parte de sus piernas, dejaba su generoso escote completamente a la vista. Aunque la vista era tentadora, también despertaba una chispa de irritación.

¿Parecía Angharad tan distraída que un par de encantadoras y coquetas sonrisas fueran suficiente para hacerla una tonta?

Su mandíbula se cerró con firmeza. Tal coqueteo casi parecía una ofensa, ahora que lo comparaba con la razón de su visita. Imani se inclinó hacia adelante, tomando de un plato elegante una larga pipa de madera y una bolsa de tabaco. Había una segunda pipa y Imani levantó una ceja en señal de duda.

“No lo consumo,” respondió Angharad.

Su padre había desaprobado enérgicamente ese hábito, hasta el punto de haberle desvinculado a su madre antes de que naciera.

“En las Islas ahora está de moda envolver el tabaco como en las colonias, pero yo prefiero el método Izcalli,” dijo Imani mientras llenaba la pipa. “La salvia del desierto reduce el olor.”

La espía encendió con destreza una cerilla, prendió su pipa, inhaló con una expresión de satisfacción y soltó un pequeño círculo de humo. Angharad frunció la nariz — no era tan mal el tabaco que gustaban los marineros, lo admitiría, pero la salvia solo ayudaba hasta cierto punto.

“Me complace que hayas venido a visitarme,” sonrió Imani.

Era una visión atractiva, del tipo que provoca conversaciones galantes y despreocupadas; la Pereduri lo dejaba pasar sin añadir nada.

“Me dijiste,” repuso Angharad de manera tajante, “que un prisionero fue capturado en Llanw Hall. ¿Por quién?”

“Por los mercenarios que incendiaron tu manor, al principio,” respondió ella. “Aunque desde entonces han sido trasladados a la propiedad de un induna.”

Los puños de Angharad se apretaron, pero acogió la ira con tranquilidad. No había lugar para distracciones en ella mientras esa emoción ardía con intensidad.

“¿Qué exactamente me ofreces a cambio de recuperar ese ‘objeto’ y entregártelo a ti?” preguntó.

Imani llevó su pipa y exhaló una larga bocanada de humo pálido.

“La Casa de la Mano Izquierda no está bien situada para organizar una huida,” dijo. “Pero sí puede transmitir un mensaje y proporcionar información detallada sobre dónde se encuentra retenido ese prisionero.”

La espía sonrió con parsimonia.

“Como muestra de buena voluntad, si juras emprender esta tarea para nosotros, revelaré la identidad del prisionero.”

Angharad contuvo el impulso de sentirse agradecida. Revelar algo que primero se quiso ocultar no era caridad, sino un engaño. Sin embargo, saber que estaban jugando contigo no hacía que la elección fuera menos tentadora.

“Por lo que sé, quizás hayan capturado a un sirviente y eso es todo lo que me ofreces ahora,” afirmó.

Ahora ella era la señora de Llanw Hall, por lo que liberar a un sirviente sería igualmente su deber, pero entre el deber y la sangre, existía una línea que no debía cruzarse.

“¿Valdría la pena mantener prisionero a un sirviente?” preguntó Imani.

La Pereduri permaneció en silencio, hasta que finalmente la espía suspiró.

“El prisionero tiene relación sanguínea contigo,” dijo. “No tengo más que añadir antes de que se tomen juramentos.”

El estómago de Angharad se contrajo con fuerza. ¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿Quién????? No había visto morir a sus primos ni a su tío Arwel, por el asunto. Ellos estaban en el manor cuando se quemó, eso había asumido desde hace tiempo, pero... Respiró hondo, buscó calma, aunque como arena se le escapaba entre los dedos. Porque, en verdad, tampoco había visto morir a su padre.

Él había ido a distraer a sus perseguidores después de enviarla por un pasaje secreto, pero aunque escuchó un disparo, no presencié su muerte. No, eso sería una esperanza tonta, se reprendió a sí misma. Debe ser su tío Arwel o uno de los muchachos.

“¿Qué es ese objeto, exactamente?” preguntó.

“Lo suficientemente importante como para que no lo nombre sin garantías,” contestó Imani.

Los labios de Angharad se fruncieron en señal de impaciencia.

“Dices que es propiedad de la Reina Suprema,” afirmó. “Entonces, ¿qué haría esa cosa en Tolomontera? Ella nunca reclamó esas tierras.”

“Yo afirmé que es su legítimo patrimonio,” corrigió Imani. “Como La Guardia tuvo un percance con uno de esos artefactos, es justo que se obtenga un reemplazo de sus posesiones.”

“Palabras ingeniosas,” dijo Angharad con expresión seca, “pero solo sirven para disfrazar un robo.”

La espía sonrió.

“Como consuelo para tu alma Pereduri, el objeto en cuestión sería reclamado en principio por La Guardia, pero no se encuentra en su posesión física,” explicó.

Eso, a pesar del disgusto de Angharad, fue de ayuda.

“Y si me capturan entregándotelo,” comenzó.

“Muerte,” respondió Imani con seriedad. “Después de una noche muy desagradable a manos de las Máscaras, seguramente.”

Angharad la observó cuidadosamente y no encontró rastro de mentira en su rostro. Entonces, esto no era un asunto menor.

—Hay un problema—, dijo.

Imani se llevó su pipa a los labios y exhaló el humo con calma.

—Estoy toda oídos, Angharad—.

Ella luchó por hallar una manera cortés de expresarlo, pero abandonó la lucha tras un minuto.

—Eres de la Casa de la Mano Izquierda—, afirmó con franqueza—. Tú honras a la Reina Altísima, no a ti misma. ¿Cómo puedo confiar en tu palabra?

El ufudu podía mentir, infringir las leyes de hospitalidad y actuar sin honor, siempre que tales acciones sirvieran a Malan. Al ingresar en la Casa de la Mano Izquierda, se convertían en los dedos de la mano izquierda de la Reina Permanente, dejando de ser individuos independientes. Era un sacrificio grande, aunque Angharad no podía hablar de ello con admiración.

—No puedes—, respondió Imani Langa con sinceridad—. Si mi reina lo exigiera, te traicionaría sin dudar. Pero diré esto: si Su Majestad hubiera querido deshacer la Casa Tredegar, no habría enviado espadas contratadas en la noche. Habría derribado a tu madre en la corte, ante todos los malanenses, y ordenado tu muerte. Nadie lo habría cuestionado.

La mandíbula de Angharad se tensó, pero no negó sus palabras. La Reina Altísima había sido patrona de su madre en la corte, y ninguno de los izinduna habría defendido a Rhiannon Tredegar si su protectora se hubiera vuelto en su contra. Ella permanecía al margen de facciones, por lo que, aunque no tenía enemigos, tampoco poseía protectores.

El favor de la Reina había sido su única tabla de salvación.

—La caída de la Casa Tredegar no fue obra de ella, y no le agradó—, dijo Imani—. Las acusaciones presentadas en la corte la forzaron a eliminar tu línea de los registros de nobleza, pero ella optó por no continuar con el asunto.

—Eso no me consuela—, respondió Angharad con frialdad—, cuando entonces fui perseguida y los asesinos de mis parientes permanecieron libres.

—Subestimas el valor de esa moderación—, replicó Imani—. La Casa Madoc no fue tan sutil al ayudarlos a escapar hacia el sur, como tú o ellos creían. Nunca habrías puesto pie en ese barco en Asithule si la Casa de la Mano Izquierda no hubiera recibido la orden de permitirlo.

Angharad quedó paralizada. Los nobles río abajo de la Casa Tredegar, los Madoc, habían sido donde su padre la envió para escapar —les debía una deuda, y aunque con reticencia, la condujeron discretamente por caminos del sureste hasta Asithule, cerca de la frontera con la Isla del Medio. Pensaba que su participación en su huida era desconocida. Angharad exhaló, enderezó la espalda.

Incluso si los Madoc tuvieran que pagar por su ayuda, ella no estaba en posición de brindar asistencia.

—Supongamos que creo que la Reina Altísima no tiene mala intención—, dijo Angharad—. ¿Cómo puedo saber que, tras aceptar esta tarea por usted, no la usará en mi contra y me pedirá realizar más?

El deshonor se acumulaba, después de todo. Cuando manchabas un dedo, la mano siempre venía tras él.

—Porque yo me marcharé con el objeto—, afirmó Imani—. Prepararán mi muerte y desapareceré. Esta misión es la principal razón por la que fui enviada a Tolomontera.

—¿Y la Guardia no sospecha de ti?—, frunció el ceño.

—Sin duda, estoy en alguna lista—, encogió los hombros—. Pero mi nombre será uno entre muchos, Angharad. Docenas de nuestros años son espías o están cerca de serlo, no hay mucha diferencia—, no solo para las grandes potencias, sino también para las facciones dentro de la propia Guardia. Algo tan importante como la reapertura de Scholomance atrajo muchas miradas desde todo Vesper.

La luz de Imani tocó suavemente el asta de la tubería.

—¿Debería comenzar a actuar con sospecha para atraer mayor atención? Pero para eso estamos conversando, para que no se me vigile tan de cerca—.

Porque los vínculos de Angharad en la Guardia — su tío, que navegaba precisamente en ese puerto — la convertían en una sospechosa improbable. Los dedos de Pereduri se cerraron con firmeza. Ella permitió que Imani tirara de su pipa mientras cerraba los ojos y meditaba.

No quería hacer esto.

Anhelaba cortar todos los lazos y complicaciones, comenzar de nuevo con almas en las que pudiera confiar. Sin embargo, la idea de dejar atrás a sus primos, o a su tío... No sabía qué utilidad le darían sus carceleros, pero debía de ser vil. Y la amarga verdad era que, cuando Angharad regresara para vengar a los suyos, no podía permitirse el tener enemistad con la Alta Reina.

Nombrar la Casa Madoc y el lugar donde había tomado el barco que la alejaba de Malan había sido una advertencia en más de un sentido. En el Reino de Malan, los ufudu observaban mucho. Si eran sus enemigos, ¿cuántos pasos lograría avanzar por la orilla antes de que la alcanzaran?

Angharad todavía recordaba las súplicas. Sabía, en su interior, que no habían sido reales. Que Scholomance le había jugado una treta mental, que en realidad no había sido su tío Arwel suplicando, solo pidiéndole un poco más, que ella vendría por ella, lo sabía... Tampoco habían sido sus primos gritando.

Pero eso no significaba que no estuvieran allá afuera, gritando en el mundo real.

¿Tenía siquiera opción?

Al final, no era que las palabras la marcaran realmente. Lo que las hacía volver a su mente era la fuerza con que fueron dichas. Decide qué quieres, había dicho Zenzele, lo que estás dispuesto a dar por ello y qué pasos pueden llevarte mejor a ese fin. Quería con desesperación no hacer esto, y... Y la puerta de la jaula se volvía a abrir, ¿verdad?

Imani afirmaba que la Alta Reina no le deseaba mal, ¿por qué entonces la Casa Lefthand la perseguiría si ella se negó a esto? Incluso si supiera dónde estaban retenidos sus seres queridos, pasaría años antes de poder hacer algo al respecto. Tenía tiempo para ganar el derecho a esa información, modos de conseguirlo sin quebrantar tanto sus juramentos a la Guardia que se rompieran. No estaba tan acorralada como Imani quería que creyera.

Angharad abrió los ojos.

—No—.

Imani la observó con atención, bajando la pipa.

—¿No?—.

—¿Acaso tartamudeé?—preguntó Angharad con suavidad.

La espía soltó una risita.

—No es frecuente—dijo—que algo me sorprenda.

—Suen a una forma desagradable de vivir—replicó Angharad.

De manera rígida, se levantó.

—Creo que hemos terminado aquí—.

La otra mujer se estiró sin apuro.

—Me llamaste ufudu, una tortuga, la primera vez que nos encontramos—dijo Imani—¿Sabes de dónde proviene ese apodo?

Angharad frunció el ceño.

—El símbolo de la Casa Lefthand es el caparazón de una tortuga casco—.dijo—o al menos, así cuenta la historia.

No era un apodo halagador, porque la tortuga casco es conocida por esconder su cabeza, fingiendo que no está allí, cuando los animales más grandes se acercan. Así, decía la broma, era la Casa Lefthand.

—Así es—, dijo Imani—. Me preguntaba, cuando era niña, por qué la Casa eligió un emblema tan peculiar. ¿Por qué no un guepardo, un caracal o incluso una lechuza?!

—Supongo que hay una razón—, replicó Angharad con respeto.

—Y la hay—, afirmó ella. —Verás, las tortugas con yelmo son buscadas por las bestias terribles porque se alimentan de pulgas y moscas que se posan en ellas.

El Pereduri parpadeó, esperando algo más, pero parecía que eso era todo.

—Ilustrativo—, comentó ella.

—Sí—, dijo Imani—. Lo fue. Nuestro deber no es hermoso ni agradable, Angharad. Comemos la inmundicia para que Malan pueda mantenerse limpio.

Suspiró profundamente.

—Y a veces eso significa hacer cosas desagradables a personas que no lo merecen.

Se inclinó hacia adelante, levantando el plato con la pipa, y extrajo un pequeño montón de papeles. Los colocó frente a Angharad, quien los miró con ceño fruncido, sintiendo que le robaban el aliento como si le hubieran dado un golpe. La primera hoja no contenía palabras, sino un bosquejo: un hombre, cansado y pálido, con un brazo ausente.

Angharad lo habría reconocido incluso si solo le quedara un dedo.

—Mi padre—, balbuceó. —Lo tienen a mi padre.

—Ha sido trasladado a Tintavel—, dijo Imani.

Su cabeza se volvió rápidamente hacia la espía.

—¿La prisión-fortaleza—, preguntó—. ¿La que pertenece a la Casa Cadogan?

Imani asintió. ¡Dios Dormido!—¿Qué locura era esa?—Las Casas Cadogan era una de las más poderosas en Peredur, y la Tredegar había sido tan completamente ignorada por ellas que ni siquiera debían conocer su nombre.

—Eso—, empezó Angharad, pero tragó saliva.

—La prisión más impenetrable de todo Malan—, afirmó la otra mujer con calma—. Y no un lugar al que la Guardia pueda llegar fácilmente. Incluso la Casa Lefthand solo logró un pequeño puesto tras muchos años y grandes sacrificios.

Sus puños se apretaron con fuerza.

—Sabías—, la acusó—. Sabías desde el principio que no había verdadera opción. Que debía ayudarte o dejar morir a mi padre en una fría y húmeda celda en maldito Tintavel.

—Soy una mano de la izquierda—, dijo Imani—. Puedo ser sorprendida, Angharad.

Sonrió con amargura.

—Pero nunca sin estar preparada—.

Angharad la miró con el corazón en un puño, con los dedos firmes. No había bebido ni comido dentro de la habitación. Algunos dirían que no estaba sometida al derecho de huésped. Pero, ¿qué lograba realmente con hacer que su cabeza rodara por la alfombra? La Guardia le daría una palmada en la espalda, pero no forzarían la entrada en la Montaña Negra por una acción tan pequeña.

Casi podía oír la puerta de la jaula cerrándose.

—Necesitaré que diga las palabras—, dijo Imani suavemente.

Respiró profundamente.

—Mientras el objeto no sea una persona, juro recuperarlo para ti—, logró decir Angharad, con dificultad.

Imani no sonrió en triunfo, lo cual era lo mejor. La paciencia de la noble podría haberse quebrado si lo hubiera hecho. Después de un último sorbo de la pipa, la dejó junto a la vacía.

—¿Qué sabes sobre el origen de los demonios?— preguntó Imani Langa.

Angharad frunció el ceño.

—Me dijeron que provienen del éter—, afirmó—. No muy diferente de los espíritus.

—Eso no es falso—, observó la espía—. Los demonios son una abominación ante el Dormido Dios porque, a diferencia de todas las demás criaturas, no fueron creados por Su mano. Son un mal antiguo del Primer Imperio, forjado por artefactos conocidos como Hornos Infernal.

Angharad frunció el ceño con disgusto.

“Una cosa intolerable.”

Ni los Redentores ni los Universalistas toleraban a los demonios, pero no había pensado que las razones que daban para ello fueran tan literales.

“Es así, pero para mantener alejadas las legiones de Lucifer de nuestras costas es necesario aprender lo que podamos de estos artefactos”, dijo Imani. “Se estaban realizando estudios, pero cuando la Forja Infernal en posesión de Malan fue destruida, las investigaciones se detuvieron. La Voluntad de la Gran Reina es que se recupere tal artefacto para que el trabajo pueda reanudarse.”

“No puedo imaginar que un objeto tan peligroso esté bajo protección menos que en fuertes guardias”, dijo Angharad con firmeza.

“Lo estaría, si la Guardia lo tuviera en su poder”, musitó Imani. “No la tiene. Lucifer trajo uno cuando hizo de esta isla su sede, pero cuando Tolomontera fue invadida por la Guardia, se dice que el Lucifer lo arrojó fuera de su alcance en un acto de rencor. Que lo lanzó al éter.”

Angharad parpadeó.

“No puedo caminar por el éter”, dijo con lentitud.

“No por el Mar vacío mismo, no”, asintió Imani. “Pero la noche de aquella masacre dejó una huella, Angharad.”

Y entonces todo encajó.

“La capa”, dijo. “La Hora de Brujas.”

“Sí,” afirmó Imani. “Aunque no podemos asegurar todavía que todavía habite allí. Es muy posible que la Forja Infernal haya quedado atrapada en otra capa a lo largo de los años.”

La espía cruzó las manos sobre sus rodillas.

“Tengo algunos detalles más que compartir contigo, pero solo uno que realmente importa esta noche”, dijo Imani.

“¿Qué ahora?”, preguntó Angharad cansada. “¿Vas a desenterrar las cenizas de mi primo para profanarlas si te desagrado?”

La mujer de ojos oscuros no sonrió.

“Solo tienes hasta fin de año para conseguirlo”, advirtió Imani Langa. “Después de eso, nuestra oferta será retirada.”